

Anónimo. "Testimonio. Las constantes de nuestra generación". *Sardio* (Caracas), 5-6 (enero-abril, 1959): 277-282.

Acaso esta nueva entrega requiera una definición más radical y exigente de nuestra revista; pero no una altisonante y pretenciosa formulación de principios, postura vagamente teórica que no ha dejado de proliferar en nuestra literatura, sino un lúcido y ya definitivo esclarecimiento de motivaciones, esfuerzos creadores y tentativas ideológicas que la nutren y definen. El hecho de que sobre ella —o contra ella— críticos incipientes, pretendidos sociólogos de la cultura y otros desvaídos representantes de una inteligencia ya destituida o por derrumarse, expresa o veladamente, al sombrío resollo de sus frustraciones o de sus eventuales intereses, se hayan prodigado para calificarla con los adjetivos más contradictorios e inexactos, es ya razón para dilucidar lo que algunos, obstinadamente, se resienten a comprender: que constituimos una generación consciente de su destino, poseída por una voluntad de trascendencia, fiel a la verdaderas y dramáticas constantes del tiempo que le ha tocado vivir y en él enraizada y comprometida, dispuesta a redimir por ejercicio del espíritu y de la verdad lo que otras generaciones parecen haber sacrificado por la negligencia y las pequeñas ambiciones; que somos un grupo de escritores y artistas para quienes la creación es combate con el destino o con la historia y no esa farsa creciente que es la cultura en nuestro país. Así radicales y obligadamente solitarios, en nada nos desvela que se nos califique de *sectarios, elitescos o aristocratizantes*, presuntas categorías que sólo revelan la mediocridad irredimible de la crítica y que en modo alguno pueden neutralizar nuestros propósitos iniciales. Y no por creernos invulnerables o asistidos de esa gracia que coloca a algunos "más allá del bien y del mal", al contrario, por sentirnos muy vivos y actuantes dentro de la dinámica de las ideas, es por lo que ahora respondemos a esos desventurados juicios con que se ha pretendido sellarnos o condenarnos.

El *supuesto sectarismo* de nuestro generación no tiene otro origen que el mismo clima menguado de la cultura nacional. Ante la lamentable medianía que parece regir nuestro destino creador, hemos sido ya no sectarios pero sí exigentes e implacables. Con una verticalidad inédita en nuestra literatura y en nuestro arte, hemos sido radicales y polémicos, sin que en nuestros juicios y valoraciones hayan intervenido extraños designios o deliberadas intolerancias. Y al comprometernos con una posición en la historia del país, hemos puesto de relieve, con ánimo de ser vigilantes, la crisis aparatoso de nuestra inteligencia. La literatura se nos dio como un arma de combate, como ejercicio de una personalidad libérrima e incontaminada de requiebros o de

eufemismos. Y el acto de creación ha sido para nosotros algo más que un acto gratuito, algo más que el alarde de un espíritu desprovisto de compromisos y exigencias de su tiempo. Y sin aspirar a convertirnos en sepultureros de otras generaciones, sin negar valores individuales, de esos que la crítica suele llamar, no sabemos en base a cuales perspectivas, "valores consagrados", hemos afirmado que nuestra cultura padecía la gratuitud de su propia intrascendencia, que más parecíamos una Arcadia de imperturbables regocijos en un país dominado por el drama de sus verdaderas motivaciones y apasionantes dilemas y que nuestro precario sistema de juicios y valores estaba regido por la banalidad, la timidez, cuando no la complacencia calculada. Y condensábamos nuestro criterio en esta última frase del testimonio del primer número: "La cultura es algo más que el juego deleitoso de gentes que se rinden mutua pleitesía. Ella es la expresión de la historia, espejo de los júbilos y de las tribulaciones del hombre. El reino inquebrantable de la verdad".

Que las pasadas generaciones, como tales y no como tránsito en ellas de grandes individualidades, abandonaron el mundo de nuestra cultura a un dudosο juego de intereses personales, de caprichos y de mistificaciones y que no supieron recrear a plenitud la avasallante y siempre desasosegada realidad de nuestra existencia o de nuestra historia, lo viene a demostrar el mismo desarrollo de la vida venezolana en todas sus manifestaciones. Poseídos por una extraña y nada envidiable capacidad de mimetismo, la mayoría de nuestros escritores y artistas han rendido fiel tributo a la cortesanía intelectual o a ese otro devorante minotauro del oportunismo político o del bienestar egoísta, olvidando lo que debe ser único imperativo del espíritu: una vasta y penetrante comunicación con el universo, los sueños, la grandeza y aun la miseria del hombre. Antes que seres requeridos por una vocación o por las determinantes de la inteligencia, hemos tenido a todo lo largo de nuestra cultura pequeños aprendices de "mandarines", extenuados aspirantes de una fama o de una fortuna que paradójicamente siempre se les ha negado. Con una irresistible seducción por el prestigio superficial o por una gloria aldeana, se embriagaron con elogios mutuos y acomodativos, hasta el punto de que hicieron arte e institución de ese despreciable y ya proverbial "política literaria".

Peor hemos sido nosotros, los de la nueva generación, quienes hemos padecido esa regocijada demagogia que se ha señoreado en la cultura venezolana. Y, así, con precarias referencias en el pasado y generalmente privados de la enseñanza de verdaderos maestros, hemos sido una generación sacudida por el drama de la soledad y nos hemos sumergido en el abismante mundo de la creación con una actitud exigente e irreductible, como si nadie o muy pocos antecedieran. Y como nuestras ideas no eran para el simple comercio en apacibles intimidades burguesas, en las que alegremente se suele destruir obras y esfuerzos auténticos con el mismo desparpajo con que luego

se exaltan e inciensan públicamente, hemos expresado sin equívocos ni deliscuecencias nuestra actitud. No hemos sido intolerantes o extremistas por sistema. Si alguna vez hemos querido esclarecer posiciones, no lo hemos hecho por puro deleite o goce en la destrucción o por abordar miserables sitiales de dominio. Por el contrario, hemos desterrado tales escorias morales. El inconformismo y la exigencia han comenzado por nosotros mismos y jamás hemos claudicado con el intercambio de halagos y requiebros entre los de nuestra generación. Acaso otros, por parecer estimulantes y generosos, pero en el fondo por labrarse su deleznable y temerosa seguridad intelectual, hayan comerciado con alabanzas hipócritas e idolatrías. Una creciente e insobornable sinceridad ha sellado hasta hoy cuanto hemos escrito y expresado. Y si hemos sostenido debates alrededor de nuestra cultura, creemos que ello más que defecto es rasgo imperioso de una personalidad. Peor en un país donde la inteligencia ha vivido secularmente bajo los signos de lo acomodaticio, hemos visto con desdén a esos seres que jamás han pronunciado un "no" tajante y definitivo o que nunca han tenido arrojo de ser sinceros, aunque esa sinceridad hiera o quebrante instituciones, verdades reveladas, regocijados prestigios y demás virginidades.

Por otra parte, en nuestra revista y en todo cuanto hemos publicado fuera de ella, hemos exaltado sin mezquindad, pero también sin complacencia, valores que sentimos como verdaderos e influyentes, como Rómulo Gallegos, Alejo Carpentier, Vicente Gerbasi. De Pablo Neruda, más allá de nuestras diferencias, hemos reconocido la dominante grandeza de su poesía en "Residencia en la Tierra" y "Canto General". Así como hemos acogido textos invaluables de Mariano Picón Salas, Juan Liscano, Miguel Angel Asturias, Gonzalo Rojas, e igualmente traducciones de figuras esenciales del pensamiento universal. Buen testimonio, todo ello, de que nuestro sectarismo ha sido más bien jerarquización y límites impuestos al arrivismo y al fraude intelectual.

Finalmente, quienes pretenden desahuciarnos para la historia o para la militancia en las vastas y crecientes transformaciones sociales e ideológicas, al calificarnos de *elitescos* o de *aristocratizantes*, premeditadamente olvidan la permanente y nunca soslayada firmeza cívica con que hemos defendido la soberanía de nuestro pueblo o la rotunda claridad con que hemos acusado los asfixiantes intereses colonialistas que se han cernido y se ciernen aún sobre nuestra historia y sobre nuestra cultura. Y esto que ha sido actitud combativa en el plano nacional, lo hemos sabido proyectar también a la situación continental y aun mundial. Sensibles a todos los movimientos en que el hombre ha dejado testimonio inquebrantable de la libertad de su espíritu o de la grandeza de su sacrificio, al producirse el triunfo de la Revolución Cubana, en enero de este año, la saludamos como la esperanza más vigorosa de la hoy renaciente democracia latinoamericana; así como expresamos nuestro enfático repudio a la amenaza de la intervención armada sobre nuestro país

por parte del poderío yanqui, en momentos en que la temeraria visita de Nixon desencadenada profunda protesta del pueblo venezolano contra el imperialismo del Norte. Y solidarios con los movimientos de liberación nacional, insertamos en el número 2 de nuestra revista textos que ninguna otra revista del país se tomó el trabajo de publicar: los de George Arnaud y Jacques Verges sobre el escalofriante y patético caso de Djamil Bouhired, la joven combatiente de la resistencia argelina, y el testimonio no menos elocuente y acusador de Henri Alleg: "La Question", grandioso alegato de otro combatiente al lado de Argel, torturado y escarnecido por los oficiales del ejército francés. Y, deliberadamente, dejamos de mencionar la personal actuación que nos tocó jugar a cada uno de nosotros en la resistencia nacional durante la década de la última dictadura, responsabilidad que acaso no asumieron muchos de los que hoy aspiran a juzgarnos.

He aquí las verdaderas constantes, la constancia y la tenacidad de nuestra generación. No aparecemos de intocados ni creemos habernos purificado en aguas lustrales, pero vivimos, actuamos y creamos a imagen y semejanza de nuestras vidas, con toda la enigmática y contradictoria grandeza de nuestras vidas. Así comprometidos o incitados, difícilmente caeremos en ese eclecticismo impotente o en esa conformidad beatífica a que se nos quiere reducir cuando, con una concepción simplista de la historia, se promulga que toda rebeldía se desvanece con el tiempo, que todo se mueve en una suerte de círculo vicioso en el que los que hoy niegan mañana serán a su vez negados. Aun ante sobrecogedoras y fatales perspectivas, y como no nos sentimos simples rebeldes por mocedad o imprevisión, aspiramos a seguir siendo fieles a nuestra indeclinable actitud original.